

Selecciones del *Martín Fierro*

2º parte: La Vuelta

Atención pido al silencio
Y silencio a la atención,
Que voy en esta ocasión,
Si me ayuda la memoria,
A mostrarles que a mi historia
Le faltaba lo mejor.
(...)

Gracias le doy a la virgen,
Gracias le doy al señor,
Porque entre tanto rigor
Y habiendo perdido tanto,
No perdí mi amor al canto
Ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente
Otorgó el Eterno Padre;
Cante todo el que le cuadre
Como lo hacemos los dos
Pues sólo no tiene voz
El ser que no tiene sangre.

Canta el pueblero... y es pueta;
Canta el gaucho... y, ¡ay Jesús!,
Lo miran como avestruz,
Su inorancia los asombra;
Mas siempre sirven las sombras
Para distinguir la luz.

El campo es del inorante,
El pueblo del hombre estruido;
Yo que en el campo he nacido
Digo que mis cantos son
Para los unos... sonidos,
Y para otros... intención.

Yo he conocido cantores
Que era un gusto el escuchar;
Mas no quieren opinar
Y se divierten cantando;
Pero yo canto opinando,
Que es mi modo de cantar.
(...)

Recordarán que con Cruz
Para el desierto tiramos

En la pampa nos entramos,
Cayendo, por fin del viaje,
A unos toldos de salvajes,
Los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía:
Llegamos en mal momento;
Estaban de parlamento
Tratando de una invasión
Y el indio en tal ocasión
recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto
Cuando nos vieron llegar;
No podíamos aplacar
Tan peligroso hervidero;
Nos tomaron por bomberos
Y nos quisieron lanzar.

Nos quitaron los caballos
A los muy pocos minutos;
Estaban irresolutos;
!Quién sabe qué pretendían!
Por los ojos nos metían
Las lanzas aquellos brutos.

Y déle en su lengüeteo
Hacer gestos y cabriolas;
Uno desató las bolas
Y se nos vino enseguida;
Ya no créiamos con vida
Salvar ni por carambola.

Alla no hay misericordia
Ni esperanza que tener;
El indio es de parecer
Que siempre matar se debe,
Pues la sangre que no bebe
Le gusta verla correr
(...)

Aquel bravo compañero
En mis brazos espiró;
Hombre que tanto sirvió,
Varon que fue tan prudente,
Por humano y por valiente
En el desierto murió.

Y yo, con mis propias manos,
Yo mesmo lo sepulté;
A Dios por su alma rogué
De dolor el pecho lleno,
Y humedeció aquel terreno
El llanto que redamé.

Cumplí con mi obligación;
No hay falta de que me acuse,
Ni deber de que se escuse,
Aunque de dolor sucumba:
Allá señala su tumba
Una cruz que yo le puse.
(...)

Era una infeliz mujer
Que estaba de sangre llena,
Y como una madalena
Lloraba con toda gana;
Conocí que era cristiana
Y esto me dió mayor pena.

Cauteloso me acerqué
A un indio que estaba al lao,
Porque el pampa es desconfiao
Siempre de todo cristiano,
Y vi que tenía en la mano
El rebenque ensangrentao.
(...)

Ah; mesmo me despedí
De mi infeliz compañera:
"Me voy", le dije, "ande quiera,
Aunque me agarre el Gobierno,
Pues, infierno por infierno
Prefiero el de la frontera."

Concluyo esta relación,
Ya no puedo continuar;
Permítanme descansar:
Estan mis hijos presentes,
Y yo ansioso porque cuenten
Lo que tengan que contar.
(...)

Y mientras que tomo un trago
Pa refrescar el garguero,
Y mientras tiempla el muchacho
Y prepara su instrumento,
Les contaré de qué modo
Tuvo lugar el encuentro.
Me acerqué a algunas estancias
Por saber algo de cierto,
Creyendo que en tantos años

Esto se hubiera compuesto;
Pero cuanto saqué en limpio
Jué que estábamos lo mesmo.
Ansí, me dejaba andar
Haciéndome el chancho rengo,
Porque no me convenía
Revolver el avispero;
Pues no inorarán ustedes
Que en cuentas con el Gobierno
Tarde o temprano lo llaman
Al pobre a hacer el arreglo.
Pero al fin tuve la suerte
De hallar un amigo viejo
que de todo me informó,
Y por él supe al momento
Que el Juez que me perseguía
Hacía tiempo que era muerto:
Por culpa suya he pasado
Diez años de sufrimiento
Y no son pocos diez años
Para quien ya llega a viejo.
Y los he pasado ansí,
Si en mi cuenta no me yerro:
Tres años en la frontera,
Dos como gaucho matrero,
Y cinco allá entre los indios
Hacen los diez como yo cuento.
Me dijo, a más, ese amigo
Que anduviera sin recelo,
Que todo estaba tranquilo,
Que no perseguía el Gobierno,
Que ya naides se acordaba
De la muerte del moreno,
Aunque si yo lo maté
Mucha culpa tuvo el negro.
Estuve un poco imprudente,
Puede ser, yo lo confieso,
Pero el me precipitó,
Porque me cortó primero,
Y a más me cortó la cara,
Que es un asunto muy serio.
Me aseguró el mesmo amigo
Que ya no había ni el recuerdo
De aquel que en la pulpería
Lo dejé mostrando el sebo.
El de engreido, me buscó:
Yo ninguna culpa tengo;
El mismo vino a peliarme,
Y tal vez me hubiera muerto
Si le tengo más confianza
O soy un poco más lerdo.
Fue suya toda la culpa
Porque ocasionó el suceso.
Que ya no hablaban tampoco,
Me lo dijo muy de cierto,

De cuando con la partida
Llegué a tener el encuentro.
Esa vez me defendí
Como estaba en mi derecho,
Porque fueron a prenderme
De noche y en campo abierto:
Se me acercaron con armas,
Y, sin darme voz de preso,
Me amenazaron a gritos
De un modo que daba miedo,
Que iban a arreglar mis cuentas,
Tratándome de matrero:
Y no era el jefe el que hablaba
Sino un cualquiera de entre ellos,
Y ése, me parece a mí
No es modo de hacer arreglos,
Ni con el que es inocente,
Ni con el culpable menos.
Con semejantes noticias
Yo me puse muy contento
Y me presenté ande quiera
Como otros pueden hacerlo.
De mis hijos he encontrado
Sólo a dos hasta el momento,
Y de ese encuentro feliz
Le doy las gracias al Cielo.
A todos cuantos hablaba
Les preguntaba por ellos,
Mas no me da ninguno
Razón de su paradero.
Casualmente, el otro día
Llegó a mi conocimiento
De una carrera muy grande
Entre varios estancieros,
Y juí como uno de tantos,
Aunque no llevaba un medio.
No faltaban, ya se entiende,
En aquel gauchaje inmenso,
Muchos que ya conocían
La historia de Martín Fierro;
Y allí estaban los muchachos
Cuidando unos parejeros.
Cuando me oyeron nombrar
Se vinieron al momento,
Diciéndome quiénes eran
Aunque no me conocieron,
Porque venía muy andiao
Y me encontraban muy viejo.
La junción de los abrazos
De los llantos y los besos
Se deja pa las mujeres,
Como que entienden el juego.
Pero el hombre, que comprende
Que todos hacen lo mismo,
En público canta y baila,

Abraza y llora en secreto.
Lo único que me han contado
Es que mi mujer a muerto;
Que en procuras de un muchacho
Se jue la infeliz al pueblo,
Donde infinitas miserias
Habrá sufrido, por cierto;
Que, por fin, a un hospital
Jué a parar medio muriendo,
Y en ese abismo de males
Falleció al muy poco tiempo.
Les juro que de esa pérdida
Jamás he de hallar consuelo,
Muchas lágrimas me cuesta
Dende que supe el suceso.
Mas dejemos cosas tristes
Aunque alegrías no tengo;
Me parece que el muchacho
Ha templao y está dispuesto
Vamos a ver qué tal lo hace
Y a juzgar su desempeño.
Ustedes no lo conocen
Yo tengo confianza en ellos,
No porque lleven mi sangre
-Eso juera de lo menos-,
Sino porque dende chicos
Han vivido padeciendo.
Los dos son aficionados;
Les gusta jugar con juego,
Vamos a verlos correr:
Son cojos... hijos de rengo.
(...)

-Un padre que da consejos
Más que padre es un amigo;
Ansi como tal les digo
Que vivan con precaución:
Naides sabe en que rincón
Se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
Que una vida desgraciada:
No estrañen si en la jugada
Alguna vez me equivoco,
Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
Tienen la cabeza llena;
Hay sabios de todas menas,
Mas digo, sin ser muy ducho:
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas güenas.

(...)

El trabajar es la ley,
Porque es preciso alquirit;
No se espongan a sufrir
Una triste situación:
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
De perseguir de mil modos,
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

(...)
Muchas cosas pierde el hombre
Que a veces las vuelve a hallar;
Pero les debo enseñar,
Y es gúeno que lo recuerden:
Si la verguenza se pierde,
Jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos
Porque ésa es la ley primera
Tengan unión verdadera
En cualquier tiempo que sea,
Porque, si entre ellos pelean,
Los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos:
El burlarlos no es hazaña;
Si andan entre gente estraña
Deben ser muy precavidos,
Pues por igual es tenido
Quien con malos se acompaña.

(...)
El hombre no mate al hombre
Ni pelé por fantasía;
Tiene en la desgracia mía
Un espejo en que mirarse;
Saber el hombre guardarse
Es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
No se olvida hasta la muerte;
La impresión es de tal suerte,
Que, a mi pesar, no lo niego,
Cai como gotas de juego
En la alma dei que la vierte.

Es siempre, en toda ocasión,

El trago el pior enemigo;
Con cariño se los digo,
Recuérdelo con cuidado:
Aquel que ofiende embriagado
Merece doble castigo.

(...)
Procuren, si son cantores,
El cantar con sentimiento,
Ni tiemplan el estrumento
Por sólo el gusto de hablar,
Y acostúmbrense a cantar
En cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos
Que me ha costado alquiritlos,
Porque deseo dirigirlos;
Pero no alcanza mi cencia
Hasta darles la prudencia
Que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas
Medité en mis soledades;
Sepan que no hay falsedades
Ni error en estos consejos:
Es de la boca del viejo
De ande salen las verdades.

Después a los cuatro vientos
Los cuatro se dirigieron;
Una promesa se hicieron
Que todos debían cumplir;
Mas no la puedo decir
Pues secreto prometieron.

(...)
Es el pobre en su orfandá
De la fortuna el desecho,
Porque naides toma a pechos
El defender a su raza:
Debe el gaucho tener casa,
Escuela, iglesia y derechos.

(...)
Mas naides se crea ofendido
Pues a ninguno incomodo,
Y si canto de este modo,
Por encontrarlo oportuno,
No es para mal de ninguno
Sino para bien de todos.